

Los espacios de la muerte

MARIA DEL CARMEN LERMA GÓMEZ



Los cementerios, principales espacios de la muerte.

En varios aspectos, el sentido de la vida depende de las creencias con respecto a la muerte, y es paradójico que el individuo sea quien muere pero él mismo no vive la experiencia del fenómeno, lo hacen los deudos mediante su duelo, su luto y las ceremonias que realizan en soledad o en comunidad. Pero la muerte es sobre todo una práctica colectiva de los sobrevivientes.

La muerte biológica si bien es exactamente igual en todos los seres vivos, no así las experiencias. El hombre como ser social y cultural ha desarrollado una gran cantidad de expresiones para enfrentar la muerte, la propia y la ajena, de esta forma es un anacronismo y un gran error el tratar de juzgar a partir de nuestros propios valores, costumbres y creencias el concepto de la muerte de una cultura ajena o de una civilización del pasado (Blasco, 2010).

Para entrar en materia, se puede hacer mención de las costumbres funerarias, las cuales se refieren a un conjunto de rituales y acciones que permean el proceso de morir, así como las exequias a las cuales se somete al difunto (que puede estar presente o no). Pues el cadáver no es indiferente para ninguna cultura y es necesario disponer de él, ya sea por razones psicológicas (los ritos funerarios devuelven la paz y el orden a la comunidad), culturales (que obedecen a sistemas de pensamiento, cosmovisiones y creencias religiosas) o salubres (la putrefacción del cadáver es insopportable para los vivos y ésta se da preferiblemente en un lugar alejado o fuera de la vista) (Thomas, 1983).

Existen varios tipos de tratamientos para el cuerpo muerto, pues puede ser abandonado, momificado, cremado/incinerado o inhumado, y es quizás este último el más complejo de los tratamientos al cadáver, por la gran cantidad de formas en las que se presenta y porque puede contener todas las anteriores. Se sabe que es la práctica mortuoria más antigua y el procedimiento consiste en colocar el cuerpo bajo la superficie, con o sin contenedor, de manera directa o indirecta a la tierra.

Estos tratamientos existen al parecer porque el cadáver no puede pudrirse ante los ojos de los vivos; por eso se entierra, se incinera, se conserva o se

destruye. Después de los funerales, el difunto ocupa su nuevo lugar. Los espacios para depositar a los cadáveres van desde los túmulos y megalitos prehistóricos a los nichos actuales, pasando por las gigantescas pirámides, las tumbas griegas y romanas o los osarios medievales, dentro de un ataúd, en un sencillo hoyo cavado en la tierra o en una cueva natural. Estos lugares son específicos para colocar a los difuntos y han variado según el contexto histórico, la religión profesada y la región (SaberVer, 1993:No.43).

¿Cuál es el lugar de los muertos?

La palabra cementerio viene del término griego koimetérion, que significa dormitorio, y por definición es un lugar de reposo. En la actualidad hay varias formas de llamar a estos lugares, pareciera que se trata de sinónimos, pero en realidad no es así; por ejemplo; panteón es realmente un monumento funerario destinado a enterrar a varias personas, comúnmente de la misma familia. Otro ejemplo; camposanto, es empleado de manera indistinta para nombrar a un cementerio y aunque es correcto, solo aplica en la religión católica, pues este espacio realmente se encontraba dentro de la traza de conventos e iglesias católicas para recibir únicamente a sus feligreses. Finalmente las necrópolis son un conjunto de cementerios, aunque a últimas fechas se refiere para nombrar a cementerios de gran tamaño.

Estos lugares para depositar los restos mortuorios dependen de la cultura del lugar; los cuerpos pueden introducirse en ataúdes, féretros o sarcófagos, o simplemente envolverse en telas, para poder ser enterrados bajo tierra o depositados en nichos u otro tipo de sepulturas, se tiene registrado que el cementerio más antiguo con 16.500 años de antigüedad es el de Uyun al-Hammam, en Jordania. No obstante la práctica mortuoria más antigua de enterramiento se tiene registrada para los Homo neanderthalensis, pues en varios yacimientos se ha observado un tratamiento a ciertos restos



Escultura funeraria El beso de la Muerte de Josep Lladet Soler (1930)



Escultura de doliente en el panteón Dolores, Chihuahua.

hallados en posición fetal, con la cabeza mirando al oeste y los pies al este, con pigmentos color ocre o rojos sobre el cuerpo y una gran variedad de flores que se encontraron sobre el entierro, lo que hace a los neandertales los primeros homínidos con ritos funerarios.

Los espacios de la muerte en este sentido se han establecido desde la aparición de las primeras culturas pues egipcios, mesopotámicos, griegos y romanos, entre muchos otros pueblos clásicos, los delimitaron claramente, así como los rituales que acompañaban este fenómeno. Para el caso de los egipcios, por ejemplo, se encuentra el Valle de los Reyes (también llamado Valle de los Muertos) que es una extensión del desierto cerca de Luxor, donde se han encontrado aproximadamente 65 sepulcros de la realeza, en ellos se acompañaba al difunto con un rico ajuar, diversas ofrendas y elementos que podría emplear en la otra vida.

Griegos y romanos también crearon grandes necrópolis (conjunto de cementerios) para depositar a sus muertos, principalmente en las entradas y salidas de las ciudades, al lado del camino, pues tenían la creencia que de esta manera el difunto no encontraría el regreso a casa.

Para periodos más tardíos, cuando el hacinamiento de las poblaciones en las ciudades fue mayor, se crearon cementerios subterráneos llamados catacumbas. Estos espacios son una serie de túneles con nichos donde eran depositados los cadáveres, estos corredores se podían extender por kilómetros. Cuando las catacumbas se vieron rebasadas en capacidad se implementaron osarios ahí dentro, estos, son espacios donde se colocaban

todos los restos esqueléticos que ocupaban un espacio (nicho) en las catacumbas, liberando de esta manera lugar para nuevos cadáveres. Existen muchos osarios, uno de ellos, El osario de Sedlec en la República Checa, tiene entre 40,000 a 70,000 individuos, aun así, no es el osario más grande del mundo, dicho título lo ostenta el osario de las catacumbas de París, de este lugar no existe ni siquiera un estimado por el gran periodo de ocupación que ha tenido a lo largo del tiempo.

El último lugar de descanso

Los cementerios sin lugar a dudas se han presentado en la gran mayoría de las culturas que entierran a sus muertos, generalmente ubicados a las afueras de las ciudades o poblados, aunque en muchos casos el crecimiento de la mancha urbana los absorbe y quedan dentro de la traza de las ciudades. En la actualidad es el caso de los cementerios de las grandes urbes, donde se puede observar también el paso del tiempo y son un registro fidedigno de las tendencias artísticas, los índices demográficos y eventos históricos entre muchos otros datos que nos pueden brindar de las sociedades o culturas a las que pertenecen.

Dentro de los cementerios se puede apreciar una variedad de sepulturas como las tumbas, nichos, criptas, cenotafios, mausoleos o fosas comunes, y cada uno, son ejemplo de las formas de enterrar a los muertos, porque ni todos los muertos son iguales ni los sitios destinados a ellos. En este sentido, las distinciones las otorgan los estatus y roles que jugaba el individuo finado en vida y con base en ellos será el tratamiento y el lugar final del cadáver o resto mortuorio (Vázquez y Corral, 2004).

Los espacios de la muerte no se limitan a los lugares de reposo final. Existen espacios de tránsito como los hospitales, los anfiteatros forenses, las prisiones donde se aplica o aplicó la pena de muerte e incluso los campos de concentración. Así mismo todo lugar donde se hayan registrado genocidios, pues dichos sitios son asociados a la muerte y por tal motivo se puede decir que también son espacios de ella.

La aproximación a los fenómenos relacionados con la muerte y sus espacios es un tema fascinante, pues se pueden abordar desde diversas perspectivas y enfoques, lo que brinda una riqueza de datos culturales, sociales, estéticos, ideológicos e históricos. Es importante recalcar la necesidad de acercarnos desde las distintas disciplinas antropológicas para comprender esta expresión del hombre y conocer sus actitudes ante la muerte, pues finalmente lo único cierto que tenemos en la vida es la muerte.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Blasco, D. (2010)** La historia de la muerte, creencias y rituales funerarios. España. Editorial LIBSA.
- SaberVer (1993)** El arte funerario. No. 43. México. Editorial Televisa.
- Thomas, L.V. (1983)** Antropología de la muerte. México. Fondo de Cultura Económica.
- Vázquez, D. y A. Corral (2004)** Monumentos funerarios del Cementerio del Saucito, San Luis Potosí, 1889-1916. Primera edición. México. Colegio de San Luis-FONCA.
- Ariès, P. (1999)** El hombre ante la muerte. España. Taurus humanidades.
- Constante, A. y L. Flores Farfán (2008)** Miradas sobre la muerte. México. FFI-UNAM-ITACA.
- Malvido, E. G. Pereira y V. Tiesler.** El Cuerpo Humano y Su Tratamiento Mortuorio. México. INAH; Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Lomnitz, C. (2006)** Idea de la muerte en México. México. Fondo de Cultura Económica.
- Morin, E. (1974)** El hombre ante la muerte. Barcelona. Ed. Kairos.
- Thomas, L.V. (1989)** El cadáver. De la biología a la antropología. México. Fondo de Cultura Económica.
- Thomas, L.V. (1991)** La muerte. Barcelona. Paidós Studio.